

de sufrir, tan despechado, que poco le importan la dominacion ó la muerte. Pero la Francia! ¿Qué no sabe que son tales los elementos de prosperidad material con que cuentan los Estados-Unidos, que dentro de muy poco tiempo, que tal vez dentro de diez años, la Europa ya no podrá disparar un cañonazo, mover un telar ó introducir una mercancía sin su permiso. Sépan los que en Francia solo ven la espedicion de México á través de guarismos, que lo que realmente están comprando para su patria con tan engañosas economías, es no solo su ruina, sino la mas dura de todas las dominaciones, la del oro.

Es imposible: la Francia no puede retirarse. Aun cuando se segase hasta el punto de no fijar la atencion en tan óbvias consideraciones su solo amor propio bastaria para que permaneciese en México. Las insolentes risotadas del pueblo americano que al atravesar la espedicion, de vuelta, nuestro golfo, llegarían hasta sus oídos henchidas todavía de un sarcasmo brutal, harian que la Francia llena de indignacion y de coraje volviese volando al punto de que se alejaba. ¡Ay de ella si muestra debilidad! Se acuerda de Laffayette y confia en la gratitud. ¡Qué poco, qué poco conoce al pueblo americano!

La Francia no puede, quiere ni debe retirarse. Pero supóngase que abandona á México: con esta conducta variará sin duda, la situacion de éste, pero en manera alguna su resolucion debe cambiar. La suerte está ya echada, y llegado tan afflictivo caso debe decir lo que los de Sagunto cuando los abandonaron los romanos.... "Moriremos solos."

No puede la Francia, repetimos, abandonar á México. Tal vez muy pronto lo haga, y entonces se disipará nuestro engaño. Si así ha de suceder, mas vale por ahora, engañarse con prudencia que acertar con temeridad.

Reasumamos. Por graves que sean los peligros que al presente amenazan á México por parte de la Union Americana, la Francia no es probable le abandone ni menos sucumba con él ante ellos. Desprécialos, pues, mientras las armas de ésta se encuentren sobre su suelo. Con su sola presencia

los desvanece la Francia, por ahora, á México le corresponde aprovechándose del presente, conjurarlos tambien para lo futuro....

#### XIV.

Nada azora tanto á los labradores experimentados, como esas tempestades que amenazan sus campos desde lejos. Se mejante á éstas, el peligro americano crece con la distancia. Cuando se quiere abrazar con la mirada una amplia perspectiva, es necesario dominarla desde una altura á fin de descubrirla íntegra. Para conocer en toda su estension el peligro americano, conviene, arrojando la vista sobre la situacion y los sucesos del presente, hundirla en los horizontes del porvenir. El verdadero peligro no existe para México al presente, sino le amenaza para lo futuro. La Francia no puede permanecer eternamente sobre su suelo. Cuando sus armas le abandonen, nuestra debilidad quedará á solas, frente á frente de la codicia y la insolencia americanas. Esta será para México la verdadera hora del peligro. Desde el momento en que al retirarse de nuestro suelo abandone la Francia la playa del Atlántico, el filibusterismo se desbordará sobre nuestra débil y despoblada frontera del Norte. Cuando la Francia se retire, el pueblo americano caerá sobre México con todo el furor de la codicia contenida y el encono del ávido que se ha refrenado, no por virtud, sino tan solo por temor.

En el reposo se deben preparar los pueblos para la fatiga. México debe aprovecharse de la seguridad del presente para conjurar las inquietudes y peligros del porvenir. Hoy que cuenta con el apoyo de la Francia, debe dedicarse á establecer antecedentes que mas tarde hagan imposible una invasion americana. Las combinaciones de la diplomacia quizá

no serian bastante eficaces para conjurar el peligro. El orgullo de ese pueblo henchido con el recuerdo de su pasada prosperidad, rasgaria fácilmente el débil tegido de los tratados que México celebrara en defensa de la raza latina de América con las potencias occidentales de la Europa. El pueblo americano no temeria, ni la energía misma de la Francia, al verla debilitada por tres mil leguas de distancia.

Aunque á México le conviene celebrar á este respecto tratados de amistad íntima con las potencias latinas de la Europa, no debe reposar tan solo en la confianza y la seguridad que éstas le inspiren. Estos tratados, suficientes á consignar la legitimidad de su defensa en el gran libro de la justicia escrita de las naciones y á provocar en favor de su causa las simpatías de todos los pueblos europeos, tal vez no tendrían bastante eficacia para conjurar el peligro que le amenaza. La razón le aconseja proveer á su defensa por sí mismo, antes que irse á buscar en la amistad de pueblos lejanos, á quienes tal vez faltarian el valor ó la abnegación en la hora del peligro.

¿Qué es, pues, lo primero que México debe hacer para contrarestar los que la vecindad del pueblo americano le prepara para lo futuro? ¿Qué valdrá la resistencia de un pueblo de siete millones de habitantes contra la expansión violenta de una nación que tiene muy cerca de cuarenta? ¿El heroísmo de cincuenta mil hombres que México pueda poner sobre las armas, cómo podrá contener la invasión de cien ó doscientos mil aventureros, que se desbordarán sobre su suelo como las olas tumultuosas de una mar embravecida? México debe preparar medios de defensa que sean mas fáciles, duraderos y eficaces. Una población numerosa, aun independientemente de los medios defensivos y mas amplios recursos que ella proporciona, es por sí sola, el obstáculo mas resistente contra las tendencias de un pueblo invasor. El gobierno español, que durante el período vireinal, proveyó tan acertadamente á la integridad del territorio de la Nueva-España, trató empeñosamente de poblar de gente adicta á la metrópoli las provincias del Norte, convencida de que éste era el verdadero medio de hacer ineficaces las tentativas que

los ingleses, ó mas tarde los americanos, hicieran, para apoderarse de esa parte de nuestro territorio. El descuidar la ejecución de este pensamiento costó á México su mas preciosa mitad. Al Imperio le corresponde aprovechándose de las sábias lecciones del vireinato y de la dolorosa experiencia de la república, conjurar por medio de una inmigración numerosa los peligros de una irrupción americana.

Una inmigración numerosa y profundamente adherida á nuestra patria por el afecto, las simpatías y el interés, será un dique insuperable contra las invasiones del Norte. La población es el verdadero obstáculo contra el pueblo americano, codicioso de tierras, mas bien que ávido de dominación. Este pueblo lleno en su voracidad de instintos salvajes, no apetece dominar á otros pueblos, sino asolarlos, para poder disfrutar y explotar por sí mismo y por medio de su raza, los terrenos manchados por él, con la usurpación, y la sangre de sus primitivos dueños. Una población numerosa, es pues, el medio mas eficaz de hacer impracticable su sistema de conquista.

México debe aprovechar la dolorosísima experiencia que le suministra la triste pérdida del Nuevo-México y de la Alta California: la debilidad de nuestro país los perdió y la ferocidad americana en menos de quince años hizo desaparecer nuestra raza infeliz que los poblaba, y esterminó la mayor parte de las tribus indígenas que recorrían ese vasto territorio. Sorprende verdaderamente y repugna, encontrar en los conquistadores americanos de este siglo, una ferocidad que no manchó nunca las armas de los conquistadores españoles en el siglo diez y seis, en ese siglo de conquistas sangrientas é inhumanas. ¿El pueblo americano hubiera podido plantear este sistema de esterminio en el vasto territorio que usurpó, si en él hubiera encontrado una población numerosa, que á su ferocidad hubiera contrapuesto una resistencia organizada y enérgica? Cediendo, pues, á los consejos de la experiencia, haga hoy México lo que debiera haber hecho desde entonces.

¿Que tampoco sea estéril para él la experiencia que adquirió en la pérdida de la provincia de Tejas! Un puñado de

colonos ingratos la anesaron á la Confederacion Americana, traicionando á México, de quien habían recibido el suelo en que habitaban y el pan de que vivian. Prefirieron la utilidad de ser miembros de una nacion poderosa, al honor de ser hijos de un pueblo generoso y grande siempre, á pesar de sus desgracias y aun en medio de sus infortunios. No será difícil que en lo sucesivo se repita una vergonzosa escision de este género, si en lugar de hombres de las razas latinas, la inmigracion arroja sobre nuestro suelo sajones de génio y costumbres contrarias á las nuestras. ¿Qué tienen que hacer en México, en este país de sensibilidad y pensamiento ardientes, en este país del sol y de las flores, los hijos de las sombras y las nieblas?

Una inmigracion numerosa, compacta y homogénea sobre todo, de nuestra raza, es pues, el mejor y tal vez el único medio de conservar la existencia y la autonomia de México. Colonias de razas latinas aglomeradas sobre nuestras fronteras del Norte, separarán á México de los Estados-Unidos mas clara y distintamente, que las sabanas de la Mesilla ó el ondulante cauce del Rio Bravo. Sin temeridad puede asentarse como una verdad conocida, que solo la proteccion de las potencias latinas de la Europa por lo pronto, y mas tarde la inmigracion, pueden salvar á México en provecho de la humanidad entera, de la dominacion americana.

Tambien conduce á este fin otro camino moral, que conviene sea seguido. Para contrarestar la impiedad del pueblo americano que tan ciegamente cree que México le pertenece, es necesario inspirar á éste la robusta fé que tanto conviene tenga en la grandeza de su destino. ¿Que sepa que no está destinado á perecer! Un pueblo como él, unido por la religion, el idioma, las costumbres y la comunidad de sentimientos generosos, no puede sucumbir ante una hacinacion de hombres, ligados tan solo por los intereses de lucros comunes, las riberas de un canal ó los rieles de un camino de fierro. México que es un pueblo lleno de buenos sentimientos y de génio, no puede sucumbir ante un pueblo que carece de ideas morales y de corazon. Tan repugnante seria verlo dominado por el pueblo americano, como lo es ver á

la Italia oprimida por la pesantez tudesca, y á la Polonia sofocada en sus mas nobles ímpetus, por la dura dominacion de los Czares despóticos de un pueblo rudo.

México, que á pesar de sus interiores y devastadoras luchas ha podido esperar la hora de su regeneracion, cualquiera que sea la suerte que le espere en lo futuro, no morirá del todo. Parece destinada á llenar en el nuevo continente una mision providencial y salvadora de la raza española de América. Sus últimos infortunios parecen haber sido la prueba anticipada que debia fortificarla y endurecerla para la hora del peligro. Las desgracias de los pueblos son muchas veces el presagio de su predestinacion.

Perdido México, el pueblo americano se iria paulatinamente enseñoreando de la América Central y la del Sur, y una vez estinguida la raza española, que es en el nuevo continente la verdadera depositaria del sentimiento cristiano y de las civilizaciones moral y literaria, el Nuevo-Mundo volveria á la barbárie con el simple trascurso de los años. México, es pues, en América el primer soldado de la civilizacion, y necesita por tanto para cumplirla dignamente que se eleve hasta la altura de su mision, su fé en el porvenir.

Que tenga México la conciencia de su destino y la proteccion de las grandes potencias latinas de la Europa en el caso de un conflicto: que se robustezca sobre todo, por medio de una inmigracion numerosa y homogénea de su raza, y el gran peligro con que le amenaza la ambicion del pueblo americano queda conjurado.

En este sentido, la inmigracion extranjera no es solo útil sino necesaria. Bajo este aspecto, es la primera y la mas urgente necesidad del país.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO

## XV.

En la ciencia de gobierno como en la jurisprudencia, el establecimiento de cualquiera principio es peligroso. La ciencia política es una balanza sensible en cuyos platillos deben arrojarse las conveniencias y peligros de cualquiera disposicion del poder. La prudencia es el solo fiel que indica de qué lado se inclina, y el que señala cuáles son las medidas que deben adoptarse. La inmigracion que con respecto á México parece ofrecer solo ventajas, encierra tambien peligros de tal naturaleza, que en lo absoluto, hacen dudosa su conveniencia. Preguntar si la inmigracion con respecto al Imperio será un gran bien ó un gran mal, hablando en general y sin entrar en un exámen detenido de los pormenores de esta grave cuestion, ciertamente que no es una pregunta absurda, sino una duda prudente y racional.

Hasta aquí hemos indicado sus ventajas. Ahora conviene señalar los graves peligros que ella ofrece. La inmigracion en el alto grado que México la necesita para que sea eficaz, puede ocasionar males á nuestra patria de la mas grande trascendencia. Puede hacer que desaparezca nuestra raza ó por lo menos su influencia en su país y sobre su propio suelo. Fácilmente puede romper ella la unidad del lazo religioso, el social, el del idioma y las costumbres. Muy pronto corromperá estas una inmigracion numerosa, y el peligro sobre todo, de una escision ó aneccion á algun país vecino, serán inminentes en el vasto territorio del Imperio mexicano. Estos y otros peligros semejantes son los que ella presenta.

Al ecsaminarlos separadamente para conocerlos bien, partiremos del mismo punto de que partimos al considerar sus ventajas, la dignidad y los verdaderos intereses de nuestra

patria, es decir, los ecsaminaremos con los ojos siempre fijos, no en la prosperidad de nuestro suelo, sino en la suerte y el porvenir de la gran familia mexicana, de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros hijos.

## XVI.

¿La inmigracion extranjera hará desaparecer nuestra raza? Esta pregunta evoca involuntariamente el recuerdo de las colonias latinas en Roma, de las irrupciones de los árabes en España, del establecimiento de los españoles, de los ingleses y de los portugueses en América. El engrandecimiento de las naciones por la sola inmigracion, es un desarrollo en lo general nocivo y engañoso. Los Estados-Unidos, por ejemplo, no son, á pesar de su riqueza y el asombroso adelanto de su civilizacion material, un pueblo grande como lo es la Francia, como lo ha sido España, como en otro tiempo lo fué Roma. Pronto cae, y amargos son los frutos del árbol que antes de tiempo y fuera de su estacion se desarrolla apresuradamente.

Las inmigraciones numerosas á veces benéficas á los pueblos que las reciben, les son por lo comun nocivas y muchas veces los hacen desaparecer. La historia prueba que por medio de ellas la Providencia hace caer las civilizaciones gastadas y hundirse á los pueblos corrompidos. La conquista y la inmigracion griegas dieron fin en el Asia al muelle y despótico imperio de los persas. Flaminio al abrir las puertas de la Grecia en nombre de la libertad á los romanos, puso término á los gobiernos oligárgicos de ella, que ya con las buenas costumbres habian perdido tambien el amor á la libertad. Las irrupciones y el establecimiento de los bárbaros del Norte, sobre el suelo de la Italia, concluyeron, en fin, con el imperio de Occidente; esa sangrienta cabeza de la do-

minacion romana, tan llena de crímenes y de aberraciones! Cuando Dios quiere que un pueblo que ha vivido lo bastante para cumplir su mision sobre la tierra, se pierda en el abismo del pasado, envía otro nuevo que lo haga desaparecer, y lo arroja sobre él como una ola viviente de nuevas generaciones que cubren á las antiguas.

En México mismo, cuando sonó la última hora de la dominacion azteca y de la civilizacion gentil, una nueva raza venida desde lejos sustituyó á la idolatría la religion cristiana y cavó los cimientos de la civilizacion europea en el Nuevo-Mundo, inaugurando así una nueva época de nuestra historia. La inmigracion, sin embargo, que hoy se vá á precipitar sobre México, no está destinada probablemente á sepultar nuestra raza. México es un pueblo niño y en el orden comun de la naturaleza, las naciones miden por siglos su existencia. México no presenta, á pesar de su debilidad actual, síntoma alguno de muerte. Los grandes crímenes públicos; las anarquías sangrientas, la tiranía cruel ó el ruído despotismo de los hombres de armas, son por lo comun los mas indefectibles signos de la decrepitud de los pueblos. La historia de México, si bien es cierto que está llena de debilidades y de faltas, está escenta de grandes vicios y de grandes crímenes. Mas bien se ven en ella los tropiezos y vagidos de la infancia de un pueblo, que los vaivenes de la ancianidad ó el estertor de una nacion, cuyas instituciones y cuyas costumbres se derrumban para siempre.

A México, sin embargo, le amenaza un gran peligro. La mayor parte de los inmigrantes que vengan á henchir su poblacion serán europeos. Estos son de una civilizacion muy superior á la nuestra, y fácilmente, por tanto, pueden arrollarnos. La aspereza del clima ó la miseria del suelo en que nacen, la educacion, tal vez, que es una segunda naturaleza, les roba, es cierto, el fuego del corazon y del pensamiento, pero les dá mas amor al trabajo, mas acierto en sus combinaciones y mas energía en el brazo, que á nosotros, la dulzura de nuestro clima y la suavidad de nuestra educacion doméstica. Ellos no son tan naturalmente artistas, pero sí son mas hombres de trabajo que nosotros. Ellos no saben elaborar

nobles sentimientos, pero sí impender mas fatiga y mas industria, y sí saben en menos tiempo aglomerar mayor fortuna. Nunca, pues, podrán arrebatarnos el reinado del corazon ni la supremacia del sentimiento, mas sí pueden extinguir nuestra raza haciéndose dueños del suelo en que vive y de haber con que lo labra. Hé aquí el gran peligro.

La industria en todos sus giros, la minería y el comercio, en muy pocos años han pasado á manos extranjeras. Nos restan solo la agricultura y los trabajos liberales; que se cometa, pues, una imprudencia, que se deslice un descuido en el problema difícil de la inmigracion y nuestra raza está perdida. El temor de que la estinga no es un miedo insensato. El peligro es una verdad de sentimiento, y el temerlo, por tanto, es un instinto.

Aun cuando no perezca del todo, la simple pérdida de su influencia y su carácter, seria una desgracia irreparable para ella y hasta una grande calamidad en el orden moral. La familia mexicana ha sido calificada injustamente en todo tiempo. Siempre ha sido calumniado su carácter. México, aun no ha gozado de esa prosperidad que hace que los pueblos sean vistos desde lejos, y esto es lo que mas ha contribuido á que las naciones extranjeras, desdeñando conocerlo, hayan encontrado mas fácil ultrajarlo que estudiarlo. La injuria del fuerte no necesita fundarse. La vil naturaleza humana cree siempre justo el insulto de la fuerza.

¿Cuál es, pues, el verdadero carácter de la raza mexicana? ¿Cuáles son sus virtudes y cuáles son sus vicios? Una lucha de mas de cuarenta años ha secado la energía y el nervio del pueblo mexicano. Las revoluciones estragan y enferman á los pueblos, lo mismo que los vicios y las pasiones á los hombres. Despues de la actividad nociva de la orgía, viene el mortal cansancio del hastío, y tras la fiebre devorante del desorden, viene tambien para los pueblos la lacidud de la fatiga y del remordimiento. México pasó de las sombras del vireinato á las turbulencias de la república. Dos períodos ha tenido México: el de servidumbre que tanto enerva á los pueblos y los envilece, y el de anarquía que tan pronto los consume. El del vireinato y el de la república atados por la

insurreccion, como por un eslabon de sangre, son los dos únicos períodos de nuestra historia política. Ninguno fué pro- picio al desarrollo de las dotes cívicas ni de las virtudes pa- trias. ¡Y sin embargo, en ambos períodos, qué ejemplos de virtud y de heroismo!

Mas no es sobre la escena pública donde principalmente deben estudiarse el carácter y buscarse las virtudes del pue- blo mexicano. Desciéndase hasta el fondo del hogar domés- tico, véase en el mexicano no al ciudadano, sino al hombre, y éste será el mejor punto de vista para juzgarlo con acierto y calificarlo con justicia.

Hijos los mexicanos de españoles y de aztecas, pues ambas razas se mezclaron para darles la existencia, poseen en el mas alto grado las grandes virtudes de sus nobles progeni- tores. En su carácter se ven unidas á la sensibilidad y la ternura aztecas, la grandeza castellana y la hidalguía espa- ñola. La raza hispana, que en lo físico tal vez ha degenerado en México por la dulzura de un clima encantador y la eterna primavera que reina en su suelo, en la parte moral se ha sublimado, y se han acrecido y suavizado sus virtudes. Suponed al pueblo español sin intolerancia en su piedad, sin orgullo en su altivez, sin crueldad en su valor, sin rudeza en su hidalguía, y este es el pueblo mexicano. Unid en uno so- lo el génio artístico de la Italia, la nobleza de la España y la propension instintiva de la Francia al heroismo, y este es el interesante tipo moral de nuestra desgraciada patria, á quien la calumnia le ha arrancado todo, menos la conciencia de lo que es y el presentimiento de sus grandes destinos.

Aunque desfallecida por las violentas pasiones políticas que la han agitado y las desastrosas revoluciones en que ha vivido, aunque manchada todavía con la sangre del pasado, hay algo en ella que se siente grande, algo hay en ella de he- roismo y de génio que brilla sobre la frente de sus hijos y que reverbera en los ojos de sus mujeres. Mucho se pierde, pues, si la conquista, la anarquía ó la inmigracion, impiden en el Nuevo-Mundo la influencia moral de la raza mexicana!

Desviando la vista de tan grandes peligros, volvámosla

sobre otros menos graves, pero mas factibles y mas amena- zantes.

## XVII.

¿El flujo de la inmigracion extranjera no romperá, pues, la unidad del lazo religioso? Este ha sido en México el único que ha resistido á la accion destructora de las revoluciones. La constante inquietud en que vivió, deshizo todas las atadu- ras sociales y políticas. El espíritu de partido y el frenesí de las pasiones, fueron mas fuertes durante nuestras convul- siones políticas, que las ligas de la sangre y del idioma. Sin la unidad religiosa puede asegurarse que la del pueblo mexicano hubiera perecido en las largas y sangrientas luchas de la república. Esta la rompió con sus disposiciones legis- lativas, mas habiendo adoptado prematuramente la toleran- cia religiosa, que nunca puede ser como medida de gobierno una simple teoría, sino la solucion de un hecho precistente, la unidad religiosa á pesar de las declaraciones solemnes del poder, fué siempre una verdad en el terreno de la práctica.

El Imperio mismo nada ha hecho al sancionar como uno de sus mas fundamentales principios de gobierno, la mas ám- plia tolerancia de todos los cultos. La inmigracion puede hoy en México haber roto la unidad del sentimiento religio- so, pero aun no rompe la unidad civil y palpable de la reli- gion nacional. No hay, ni puede haber otra que la religion católica. Esta es de hecho hasta ahora, no solo la religion del Estado, sino la religion nacional, es decir, la religion del pueblo.

La inmigracion extranjera vá á romper su unidad, hacien- do una verdad práctica el principio de la tolerancia religio- sa. Ecsaminemos, pues, este peligro que amenaza á Méxi- co, no bajo el aspecto canónico, pues en este sentido está ya